

INVESTIDURA DE DOCTOR *HONORIS CAUSA*
EN CIENCIAS DE LA SALUD, MENCIÓN EN BIOÉTICA
UNIVERSIDAD SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

CARDENAL JUAN LUIS CIPRIANI THORNE

Arzobispo de Lima y Primado del Perú

Miércoles, 14 de octubre de 2009

Lambayeque, Perú

Excelentísimo Monseñor Jesús Moliné, Gran Canciller de la USAT,

Excelentísimo Señor Rector Magnífico, Dr. Hugo Calienes Bedoya,

Distinguidas Autoridades,

Amigos todos:



Recibo este reconocimiento pensando que la Iglesia, a través de esta Universidad, quiere reconocer el esfuerzo que los obispos -en este caso me corresponde a mí- permanentemente hacemos en defensa de la vida.

Un gesto de comunión que, como decía mi querido amigo, el doctor José Agustín de la Puente, «todo lo que uno escucha lo pone delante de Dios y quiera Dios que todo esto sea para bien de las almas». Realmente me conmueve y me alegra coincidir con él, porque estamos ante un hombre de un prestigio académico, humanista, un hombre cuya vida se identifica con la vida universitaria.

Mi relación con la ciudad de Chiclayo se inicia por el año 1962, una relación apostólica y una relación deportiva. Eran años en que en medio de la juventud, estudiando ingeniería en la UNI, venía de Lima los fines de semana para encontrarme con jóvenes estudiantes del Colegio San José, para ir creando ese clima de acercamiento a Dios.

Y más adelante a través del básquet, pude también visitar esta ciudad. No sabía yo que, con el tiempo, tendría unos lazos afectivos tan profundos, con Monseñor Sánchez-Moreno, que hace pocos días nos dejó, quien era -en ese entonces- obispo auxiliar de Chiclayo; y después, con Monseñor Ignacio de Orbezo. Su mirada y su presencia me

recuerdan su cercanía, su firmeza y su amor a este rincón del Perú. Realmente ese sueño que tuvo de hacer esta Universidad, solamente pudo verlo realizado desde el cielo.

Por eso, con verdadero gozo, le agradezco a Monseñor Jesús Moliné, por esta distinción y estos once años de eficiente y fructuosa labor universitaria, no solamente en Chiclayo sino en todo el norte del país.

Permítanme ahora hacer una breve consideración sobre la defensa de la vida.

Reconocer la verdad y el bien

En primer lugar, para hablar de la vida, es necesario recordar que la verdad debe ser respetada en el diálogo social. Si somos hombres que nos declaramos incapaces de distinguir entre la verdad y la mentira, si nos resignamos a decir que en este mundo todo son opiniones y que solamente la valoración cuantitativa de una encuesta o de una campaña mediática será quien decida quién posee la verdad, entonces estaríamos ante un empobrecimiento de la razón humana, capaz de alcanzar la verdad, y estaríamos destruyendo algo muy importante. La verdad no es demasiado grande para el hombre, hay que acceder a ella con humildad y con intención recta, pero no privar, a este tiempo que nos ha tocado vivir, de ese interesantísimo y fructuoso diálogo entre la fe y la ciencia.

El Santo Padre, Benedicto XVI, nos dice que «el hombre que no puede reconocer la existencia de la verdad -en el fondo- no puede distinguir entre el bien y el mal y entonces para ese hombre, los grandes y maravillosos adelantos de la ciencia son ambiguos, ya que pueden suponer grandes avances ni para el bien, ni para la salvación del hombre, pero -el Papa termina diciendo-, si esto es así, pueden suponer una terrible amenaza para la destrucción del hombre y del mundo». (08.09.07). Este es el terrible desafío que plantea el relativismo.

La Iglesia, que siempre ha defendido la capacidad racional de la mente para acceder a la verdad, que siempre ha defendido el valor de la vida, hoy se encuentra frente a ese *relativismo* y a ese *neopaganismo* que no deja de postular antivalores, que atentan contra entidades fundamentales de la sociedad: *el matrimonio, la familia y la vida*.

Estamos ante un grave *ofuscamiento moral*, cuando políticos, demógrafos, sociólogos, médicos, economistas, parlamentarios, magistrados, gobernantes y comunicadores se dejan arrastrar por *postulados* que están digitados al margen de la ciencia, de la legalidad; entonces tenemos que levantar la voz, porque en esta hora de ofuscamiento, la Iglesia y todos los hombres al servicio de la causa de la verdad y del bien debemos claramente afrontar con humildad, con firmeza, un desafío realmente planetario.

El profundo sentido de la familia

Debemos comprender que el punto de partida está en el ámbito antropológico. Cuando hablamos de matrimonio y de esa donación hasta formar una sola carne, esa dialéctica del amor humano; cuando hablamos de la verdad de la persona humana, entonces encontramos respuestas sumamente claras, permanentes, que ayudan a orientar este momento de ofuscación.

Recuerdo palabras de San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, cuando decía que «*tendría un pobre concepto del matrimonio y del cariño humano quien pensara que, al tropezar con esas dificultades, el amor y el contento se acaban. Precisamente entonces, cuando los sentimientos que animaban a aquellas criaturas revelan su verdadera naturaleza, la donación y la ternura se arraigan y se manifiestan como un afecto auténtico y hondo, más poderoso que la muerte.* (Es Cristo que pasa, n. 24)».

Por eso, la profundidad del sentido antropológico de quién es el hombre, la persona humana, esa institución: *el matrimonio*, la ley, la verdad, esos planteamientos profundos, son los que hoy reclaman ese diálogo de fe y ciencia.

La alegría y la esperanza de la juventud

Unas palabras breves a los jóvenes, que tienen la vida por delante. ¡Anhelan un mundo más acogedor! Están llamados a ser centinelas de la *cultura de la vida*. Por eso, la universidad sigue siendo un cauce privilegiado para formar de manera integral a esa juventud que quiere convicción, compromiso, veracidad.

Recordemos que en estos periodos de formación en la universidad, se desarrolla una etapa en que precisamente de una manera armónica se va delineando la madurez de ese don maravilloso que es la libertad hecha para el compromiso, para la decisión, que acaricia proyectos de vida con verdadera pasión.

Desde el primer instante, ese sentido de la formación *en la libertad y para la libertad* ha sido el centro de todo su proyecto educativo como Universidad, y por ello los felicito.

De la mente creadora de Dios surgió la única verdad

El Cardenal Alfonso López Trujillo, que en paz descansa, gran amigo y defensor de la vida y de las familias, viajaba en uno de sus periplos a Taiwán, y comentaba: Los chinos, cuya antigua cultura milenaria es legendaria, dicen, cuando un niño nace, aquel niño *ya tiene un año de edad*.

Esta anécdota nos hace ver cómo el inicio de la vida y la ciencia nos va dando cada vez más elementos puntuales, se inicia en el mismo instante de la fecundación, esa mínima expresión de ese embrión que con el devenir, acabamos siendo cada uno de nosotros.

Por eso, el Santo Padre, Benedicto XVI, con tanta firmeza nos viene recordando que tenemos que promover el diálogo de la ciencia y de la fe, porque realmente cada día más nos convencemos que la mente del único Creador, nuestro Padre Dios, fue quien diseñó la ciencia, la fe y todos los saberes humanos. Y de esa única mente creadora, surgió una única verdad que puede adquirir caracteres de científica, biológica, antropológica, física, genética, médica, pero no hay varias verdades, y ese es el desafío que el mundo universitario de hoy debe afrontar.

Quiero subrayar que, desde el punto de vista jurídico, nuestra Constitución rechaza el aborto. Como les decía, este *ofuscamiento moral* nos puede -a veces- conducir al olvido del precepto divino *no matarás*, y el precepto constitucional a favor de la vida desde el primer instante de la concepción.

Se trata muchas veces de una conjura de carácter político y universal que pretende tener vida en *estructuras democráticas* y lo hacen agrediendo al más débil en nombre de una llamada libertad, progreso o derecho de la mujer ¡a decidir!

Hermanos, ante la vida no hay más que una actitud humana y serena, *protegerla siempre y en todas las circunstancias*. Nuestros padres tuvieron la grandeza y hoy con profundo agradecimiento elevamos nuestros pensamientos hacia ellos, pues fueron generaciones enteras que supieron decirle *¡sí a la vida!*

Las manipulaciones genéticas

El descubrimiento de aspectos genéticos, científicos, va abriendo cada vez más caminos en la línea de la prevención y curación de la salud. También abre nuevos desafíos para que la fe siga defendiendo la vida y en nombre de la investigación no se eliminen millones de embriones que ya son vidas.

El siglo XX ha marcado el magisterio pontificio, tanto en el aspecto de la paz mundial, y últimamente de una defensa permanente de la vida.

Quiero despertar las conciencias: se está utilizando un camino de *contrabando*, se está utilizando un lenguaje que lleno de inexactitudes abusa de la ternura y nobles sentimientos de nuestros pueblos. Sepamos descubrir esas frases como el *aborto sentimental*, la *interrupción voluntaria del embarazo*, o lo que últimamente se quiere llamar la *muerte digna*. Esta fábrica de vocablos mentirosos, este presunto derecho a matar no nos debe encontrar ni con temor, ni desprevenidos, sino estudiando, dialogando, y expresando en privado y en público, la verdad sobre la vida. Está en juego algo muy grave, la vida humana, la dignidad de la persona, el matrimonio y la familia como célula fundamental de la sociedad.

Hay unas palabras iluminadoras del Papa Benedicto XVI “*A diferencia de lo que sucede en el campo técnico como económico donde los progresos actuales pueden sumarse a los del pasado, en lo técnico y económico, siempre hay una suma de descubrimientos que van aportando a ese nuevo capital del saber; sin embargo, en el ámbito de la formación y crecimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de acumulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva, por tanto cada persona, cada generación debe tomar de nuevo personalmente sus decisiones, ni siquiera los valores más grandes del pasado pueden heredarse simplemente, tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal, a menudo costosa*”.

Por ello, cuando vacilan los cimientos y fallan las certezas esenciales, las necesidades de valores vuelven a sentirse de modo urgente. Pienso que nos toca a nosotros afrontar con firmeza, defender esos cimientos y asumir de una manera generosa, científica, ¡la defensa de la vida!

No es un planteamiento ideológico, ni coyuntural: ¡millones de niños nos darán las gracias porque podrán ver este mundo, si así lo hacemos!

Muchas gracias.